

La batalla de Tudela

Armando R. Puente *

Alejandro Aguado fue no sólo amigo de José de San Martín, sino que conoció a dos de sus hermanos. He aquí un momento de la Guerra de la Independencia española en que Aguado coincide con el capitán Manuel Tadeo de San Martín y el teniente coronel Justo Rufino de San Martín.

Tudela, una de las grandes batallas de la Guerra de la Independencia española, se desarrolló en un inmenso escenario de 25 kilómetros de longitud. El Ejército del Centro se hallaba formado a lo largo del río Queiles, desde las faldas del Moncayo hasta su desembocadura en el Ebro, por Tudela. Alejandro Aguado estaba en Cascante, encuadrado en la 4ª división que mandaba el teniente general Manuel Lapeña; Manuel de San Martín, edecán del conde de Orgaz, en Tarazona; Justo de San Martín junto a Palafox cerca de Tudela, guardada por el ejército de Aragón. La presencia de los hermanos Justo y Manuel de San Martín en Tudela es la que ha dado lugar a la confusión de ciertos historiadores que han escrito que el Libertador participó en la batalla.¹

La extensa línea defensiva española resultaba muy débil por el centro, pues entre los ejércitos del Centro y Aragón había en Murchante un espacio de tres kilómetros no cubierto a causa de la tozudez de Palafox, empecinado en no aceptar órdenes de Castaños y unir ambos ejércitos. En realidad no hubo un despliegue conjunto de las fuerzas españolas. En la noche del 22, horas antes de la batalla, sir Charles William Doyle, escribía desde el cuartel general del ejército de Aragón: “Ningún soldado se ha dejado para observar el movimiento del enemigo. Confieso que no tengo una sombra de duda de que atacarán Tudela y

de aquí resultará una gran confusión”. Estaba al tanto de la falta de coordinación y las desavenencias entre Palafox y Castaños que como otras veces en la Guerra de la Independencia iba a ser la causa de la derrota española. El marqués de las Amarillas comentaría una década más tarde: “Nuestros jefes militares se resistieron tenazmente desde 1808 a 1813 a reconocer la supremacía de ninguno de sus camaradas, hasta que en las postrimerías de la guerra tuvieron que someterse a la obediencia de un generalísimo extranjero”.

Esa misma noche el mariscal Lannes ordenó a la división de Maurice-Mathieu atacar a la derecha española, desplegar la caballería en la llanura para mantener en jaque a Lapeña y evitar la unión de los ejércitos del Centro y de Aragón y dejar de momento en reserva las divisiones de Musnier, Grandjean y Morlot.

La división aragonesa Juan O’Neulle, se había resistido a obedecer las órdenes de Castaños de cruzar desde la orilla derecha del Ebro y defender Tudela y su puente. Por eso, cuando con las primeras luces del día estaban entrando en la ciudad, tropezaron en sus calles con destacamentos franceses que lo hacían por el este. Tras momentos de gran confusión los españoles lograron expulsar a los invasores y recuperar a la bayoneta las alturas de Santa Bárbara.

*Miembro Correspondiente de la Academia Sanmartiniana en España.

La batalla se inició realmente a las ocho de la mañana cuando los imperiales reiniciaron el ascenso del empinado y áspero cerro de Santa Bárbara; una hora después la división de valencianos mandada por Caro comenzó a ceder terreno. Mientras había entrado en combate la división Morlot y ocupado el cerro Cabezo Malla, que los hombres de O’Neylle lograron recuperar, al tiempo que los valencianos de Saint-Marc tomaban el cerro de Santa Quiteria.

Al inicio de la batalla Lapeña recibió el orden de Castaños de avanzar parte de sus fuerzas, ocupar Urzante y moverse hacia el centro para cerrar el peligroso vacío que existía entre los ejércitos españoles del Centro y de Aragón. Desde el convento de la Virgen de la Victoria, en Cascante, vio con preocupación la masa de la caballería enemiga extendida en la llanura y se limitó a cumplir la primera parte de la orden: dos batallones, en uno de los cuales iba Alejandro Aguado, y un destacamento de granaderos ocuparon Urzante sin encontrar réplica por parte de los imperiales.

A las doce caía el cerro de Santa Bárbara merced a una operación envolvente llevada a cabo por los franceses que deslizándose por entre los cañaverales de orillas del Ebro atacaron por la espalda a los defensores. Las tropas de O’Neylle y de Saint Marc siguieron defendiendo durante cinco horas las alturas de Santa Quiteria y Cabezo Malla, haciendo derroches de valor.

Mucho antes el general Palafox ya había abandonado el escenario de la batalla, acompañado de su estado mayor y repitiendo con tozudez que la suerte de los invasores napoleónicos iba a decidirse en Zaragoza.

A las tres de la tarde caía el último de los cerros, Santa Quiteria, y los españoles del ejército de Aragón se retiraban desordenadamente, siendo muchos acuchillados por la caballería francesa, que hizo numerosos prisioneros.

A las dos de la tarde Castaños, viendo que cedía el ala derecha, había emprendido camino hacia Cascante desde Ablitas, donde tenía su cuartel general, con el propósito de sacar a Lapeña de su paralizante inmovilidad y forzarlo a moverse en auxilio de quienes defendían Cabezo Malla. La llegada al galope de uno de sus ayudantes, que le anunció que la resistencia había cesado en las alturas que defendían Tudela y las unidades del ejército del Centro huían en medio de una confusión grande y sangrienta, lo obligó a cambiar de planes y marchar a Borja, donde llegó por la noche.

Destruída el ala derecha, la división de Lagranje se había vuelto resuelta y animada y atacaba Urzante. El millar de defensores españoles resistieron hasta el anochecer en que se retiraron hacia Cascante para reunirse con su división. Allí les esperaba también la división del conde de Orgaz que había permanecido inactiva toda la jornada en Tarazona.

Las bajas españolas en la batalla Tudela pasaron de tres mil muertos y heridos y mil prisioneros y las francesas quinientos.²

En la tarde del mismo 23 el diplomático sir Charles Vaughan, que acompañaba a Doyle en Aragón, galopó sin descanso hasta Madrid para dar cuenta del desenlace a su superior el embajador sir Charles Stuart y luego a Moore. Tras hacer mil trescientos kilómetros a caballo embarcó en La Coruña a fin de informar al gobierno de Londres.³

La larga marcha

Después de la defensa de Urzante, el sevillano Aguado iba a participar en una de las páginas más gloriosas de la Guerra de la Independencia, una retirada “muy hábilmente realizada”.⁴ Las divisiones del Ejército del Centro reunidas en Cascante recorrieron,

hostigadas por los dragones franceses, los veintitantos kilómetros que hay hasta Borja, donde llegaron a la mañana siguiente y a continuación, alimentados solamente con unos chuscos de pan, caminaron otros treinta para alcanzar Ricla, cuando el sol ya se había puesto. Había comenzado la retirada que duraría veinte días.

Un día después llegaban a Calatayud, donde apenas pudieron reponerse de las miserias y sufrimientos y dormir a cubierto de la lluvia y el frío, pues a la mañana siguiente, el 26, el general Venegas recibió la orden de continuar hasta Sigüenza. Supo por unos pastores que el enemigo se acercaba peligrosamente dispuesto a sorprenderlos, por lo que destacó a sus avanzadas al puerto del Inogés. A Manuel de San Martín y los de la división valenciana les tocó retardar en ese lugar la persecución de los imperiales mediante acciones guerrilleras que se prolongaron hasta el anochecer, en que abandonaron el puerto dejando unas hogueras en las alturas, lo que permitió que Alejandro Aguado y los otros que componían la división de Guimarest, que aun se encontraban en Calatayud, pudieran salir ordenadamente.

Castaños les había advertido que dadas las circunstancias “sería necesario un sacrificio” para entretener al enemigo pues de ello dependía “la salvación de las divisiones que iban delante”. Y es así como le tocó al regimiento Campo Mayor y a Alejandro Aguado cerrar el paso al general Mathieu y nueve mil franceses enardecidos por la victoria de Tudela. Lograron frenarlos a costa de perder cinco oficiales y trescientos soldados en las alturas entre Bubierca y Alhama, en el valle del Jalón, donde se encajona el camino real a Madrid. De este modo se consiguió que el ejército del Centro llegara el 30 a Sigüenza tras una semana de marcha por senderos de montaña

cubiertos con las primeras nieves y barrancos llenos de barro y de hielo, “sin haber perdido ni una pieza de artillería, habiendo hecho en orden una marcha ininterrumpida de once leguas tras una acción sangrienta y duradera, continuada después del principal combate por espacio de dos leguas y media y sin que se hubiese dispersado ni desertado un solo soldado”, con las solas bajas de los oficiales y soldados que “tan bravamente pelearon y a los que la Nación y la Patria no olvidarán su sacrificio”.⁵

Que se lo cuenten a Alejandro Aguado o a Manuel de San Martín, que al igual que los restos de los regimientos de Murcia y Campo Mayor y el de Caballería Borbón, escribieron la página gloriosa de aquella larga marcha por sierras nevadas y valles helados, acampando las más de las veces en lugares deshabitados, mal alimentados y peor dormidos, algunos semidescalzos y malvestidos en días tan fríos y siempre perseguidos de cerca por los franceses, venciendo obstáculos que parecían insuperables.

En Sigüenza, Venegas reorganizó las fuerzas, que el 3 de diciembre salieron para llegar en la misma noche a Guadalajara y al siguiente a Santorcaz, donde de nuevo dieron una lección a los franceses. Vadearon el Tajo por Fuentidueña el 7 y el 10 acampaban en Cuenca dando por terminada la retirada.

Los ejércitos patriotas habían sido vencidos en Tudela pero no aniquilados como pretendía Napoleón. Volverían a ser derrotados en Uclés, pero los españoles habían ya iniciado la resistencia, la guerrilla, que minaría la moral de las tropas imperiales y fijaría sobre el terreno a doscientos mil hombres que, formados para triunfar en grandes batallas, iban a tener que dedicarse durante cinco años a proteger sus vías de comunicación y los centros urbanos que ocupaban, en lugar de conquistar

trofeos para lo que habían sido destinados.

Quiero concluir insistiendo que en la Guerra de la Independencia la mayoría de los generales mostraron su ineptitud y mezquindad, mientras que los oficiales y soldados confirmaron su bizarría y capacidad de sufrimiento, con lo que contribuyeron a derrotar finalmente al Emperador Napoleón. ♦

¹ Mitre dice: “El joven siguió las vicisitudes del Ejército de Andalucía, debiendo encontrarse en la batalla de Tudela y sucesivo repliegue de las tropas españolas sobre Cádiz”. Pacífico Otero lo afirma categóricamente: “Todo nos permite afirmar que San Martín intervino en las preliminares de Tudela como en aquella batalla”. Ignoraban el Leg. 1487 del AMS de octubre de 1808 por el que San Martín fue destinado a prestar servicios en la Junta Militar de Inspección. Un documento anónimo hallado entre los papeles de Palafox relata como fuerzas a sus órdenes hicieron frente la víspera de la gran batalla, cerca de Tudela, a la vanguardia de la división Maurice-Mathieu, en un episodio que ha dado pie a varios historiadores para insistir en la participación de José de San Martín en esa batalla. Reproducimos los párrafos esenciales: “Formamos y nos avanzamos todas las guerrillas al mando de un teniente coronel americano, hombre muy bizarro. Los enemigos no hicieron otra cosa que pequeños movimientos, con el objeto de reconocer, pero aun no lo verificaron porque las guerrillas les disputábamos el terreno palmo a palmo y así nos cogió la noche. A las ocho mandó el general sacar todas las posiciones y se anunció la retirada que se inició a las diez”. Justo de San Martín había sido ascendido días antes a teniente coronel por el general Palafox y se encontraba en Tudela.

² SHM. AGI. Leg. 2 Carp 5 y 10, Leg. 3 Carp 12, Leg. 4, carp 24

³ Volvería luego sir con Henry Wellesley, como secretario de la embajada

⁴ José A. Yagüe. Revista Ejército, nº 124. Madrid 1950; Schéleper, Histoire de la Révolution d’Espagne et de Portugal, Lieja, J. Desoer, 1831 y SHM, AGI. Legajos antes citados

⁵ Semanario Patriótico. Madrid, 25 de mayo de 1809.